

# MEDICINA & HISTORIA

Octubre  
1968

Fascículo  
XLVIII

---

DR. LEOPOLDO CORTEJOSO

## LA CURACIÓN POR EL TACTO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

De esta edición se han separado cien ejemplares  
numerados y firmados por el autor.

Ejemplar n.º

23

A handwritten signature in dark ink, appearing to be 'L. B.', written in a cursive style.

DR. LEOPOLDO CORTEJOSO

LA CURACIÓN  
POR EL TACTO A TRAVÉS  
DE LOS SIGLOS



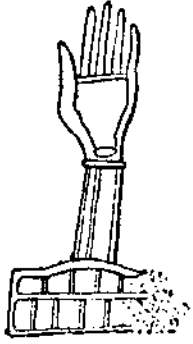
Desde los más remotos tiempos de la humanidad —en la obra de Homero puede decirse que están, esquematizados pero inconfundibles, los procederes terapéuticos hoy en uso—, cuando el hombre se ha sentido enfermo o herido, ha recurrido de forma apremiante a una de estas tres cosas: los instrumentos, más o menos rudimentarios, las hierbas, y los alimentos. Es decir, la cirugía, el medicamento, y la dietética. Con diversa fortuna, por supuesto, pero siempre con esperanza. ¿Quiere esto significar que no ha existido ninguna otra terapéutica, que no ha habido otras tentativas en las cuales médico y enfermo han depositado su fe? En modo alguno. La música, por ejemplo, ha servido, y sirve todavía en determinadas ocasiones, con fines curativos. La palabra también, y de su difusión en la antigüedad clásica es alto exponente el magnífico libro del profesor Laín. Quedan aún sin mencionar otros varios recursos, uno de los cuales, la curación por el tacto, se me antoja no por discutible menos digno de estimación histórica. Las páginas que siguen van a ser, por tanto, una aportación al conocimiento de esta terapéutica singular, que sirva al menos de punto de referencia a los estudiosos que quieran profundizar en el tema. No es que el mismo carezca de comentaristas. Los hay, y en cantidad masiva, en lo que se refiere a algunos aspectos como el «toque real». Falta en cambio al abordar otros momentos históricos, y en alguno de ellos las barreras teológicas cierran el camino a la posible investigación. Porque el tema, digámoslo de antemano, toca abiertamente los límites de lo sobrenatural.

En efecto, cuando se habla de curación por el tacto, lo primero que se nos viene a la memoria son los relatos evangélicos. «Y al ponerse el Sol, todos cuantos tenían enfermos de diferentes dolencias los llevaron a El; y El, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los curaba», se lee en el Evangelio de San Lucas. Asistimos en tales momentos, ello es evidente, a una concepción demoníaca de la enfermedad. Frente a ella el médico —y no olvidemos que el primer médico de la humanidad fue también sacerdote— se nos aparece investido de poderes divinos. Curar en tales instantes —y aún hoy, en pueblos primitivos— es un acto que reviste suma trascendencia y en el cual quien realiza el prodigio de devolver la vitalidad perdida, asume el papel de criatura maravillosa, extraordinaria. ¿Quién, por tanto, más capacitado, más por encima de la humana naturaleza, que el Hijo de Dios?

Leprosos, paráliticos, ciegos, mujeres con flujos de sangre, son curados entonces de esta manera: con la simple imposición de las manos. A nadie puede extrañarle, por consiguiente, que los primitivos cristianos llegasen a decir que los libros del Nuevo Testamento eran los libros del «sabio Médico», considerando a Cristo como un gran taumaturgo. Ahora bien, que la curación por el tacto se haya ejercido exclusivamente en una medicina sin palabras, o con la ayuda de ensalmos, no merma su valor terapéutico. Tocar con las manos era el ademán clásico, habitual, de las curas milagrosas. San Lucas, al hablar de la curación por Jesucristo de la mujer encorvada, dice que el Salvador la dijo: «Mujer, estás libre de tu enfermedad». Mas añade: «Y la impuso las manos». Esta imposición de las manos parece ser, indiscutiblemente, algo consubstancial con el arte curativo, la rúbrica que le confirma.

De ahí que la encontremos tan a menudo en la iconografía no sólo de los tiempos bíblicos, sino también de la historia pagana. En los descubrimientos arqueológicos de los santuarios de Esculapio, sin ir más lejos, aparece ya este contacto de las manos sobre la parte enferma del cuerpo, y pinturas y aguafuertes de Rembrandt nos lo muestran también, según vemos en la representación de la curación del ciego Tobías y en la del parálitico. Lo mismo sucede con el cuadro de Murillo que representa a Santo Tomás de Villanueva curando a un hombre enfermo, pintura que se conserva en la antigua Pinacoteca de Munich. Aunque más valor hemos de dar, por supuesto, al dibujo de una vasija griega perteneciente al British Museum. Dato curioso: la actitud de quien otorga y recibe la curación no es, en este caso, la misma que suele observarse en la iconografía de temas evangélicos.

Para comprender la sumisión del enfermo a una práctica que hoy hace asomar la sonrisa a los labios, no hay más remedio que acercarse al conocimiento de la mentalidad primitiva. Porque ya antes de aparecer el cristianismo, el médico-sacerdote de las tribus arcaicas extendía su mano, tocaba las partes doloridas y pedía al espíritu que se había introducido en el cuerpo del enfermo que se marchara de él. No siempre ha ocurrido así, desde luego, pues hablando de la América aborígen, dice R. Pardal que en los pueblos precolombinos, fieles a la doctrina del cuerpo extraño como causa de enfermedad, lo que intentaban era su expulsión por medio de fármacos o



Mano levantada, símbolo de la potencia divina, grabada sobre un cilindro de origen babilónico.

cirugía, cuando no por succión o sobamiento. En casi todas partes, sin embargo, impera el poder taumatúrgico del sacerdote o chamán. Por otra parte, con arreglo a esa mentalidad primitiva, de índole mágica, esencialmente mística según Levy Bruhl, la acción de los remedios debe ser inmediata, casi fulminante, para que sea bien aceptada; esto explica precisamente la resistencia de algunos pueblos colonizados a admitir los remedios de la medicina oficial. ¿Y qué otro remedio podía ser más espectacular en sus efectos que la simple imposición de las manos?

Más tarde, cuando el cristianismo se ha entregado de lleno a su actividad como tal, la omnipotencia de Dios lo ha sido todo para el necesitado de ayuda, con mayor motivo cuando era la existencia lo que estaba en peligro. La fe mueve montañas. Andando los siglos habría de escribir Charcot: «El que mejor sabe inspirar la esperanza, ése es el mejor médico». A la concepción demoníaca de la enfermedad se une o sucede la idea del pecado como fuente de todos los males del hombre. A veces endemoniados y enfermos son la misma cosa, otras no. Mas lo importante es que ambos se benefician de este contacto que por tener raíces divinas inspira tanta confianza. «Bajando Jesús de la montaña, le seguía una gran muchedumbre —se lee en el Evangelio de San Mateo—. Y he aquí que yendo hacia él un leproso, le adoró diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y extendiendo Jesús la mano, le tocó y dijo: Quiero, queda limpio. Y la lepra desapareció al momento». La lepra representa aquí la impureza, la suciedad, el pecado.

Recordemos que, como dice Laín Entralgo, la razón de ser del empeño terapéutico estriba, entre otros, en estos motivos: a) El íntimo menester en que el hombre se ve de ser ayudado por algo o alguien cuyas posibilidades rebasen las del propio ser. b) La insuficiencia de la «medicina ilustrada», de la, por decirlo así, «medicina oficial». Tiene razón el ilustre maestro cuando agrega que la insuficiencia de la Medicina no debe ser medida según lo que técnicamente pueda hacer, sino por lo que el hombre, sano o enfermo, espera de ella. Que en los cortos ejemplos hasta ahora citados, la fe en la curación por el tacto le hacía posible, no admite discusión. Por si existiera alguna duda, volvamos al Evangelio. Cuando los dos ciegos que deseaban ser curados por el hijo de David comparecen ante él, son preguntados: «¿Creéis que puedo hacer esto?» Y ellos responden: «Sí, Señor». Entonces les toca los ojos y añade: «Conforme a vuestra fe, os sea hecho». Conforme a vuestra fe, vale la pena recalcarlo. Así ocurrió en los tiempos bíblicos y así volverá a ocurrir a lo largo del tiempo. Porque éste fue el comienzo de una historia que en el momento presente no ha concluido todavía.

Resulta obvio afirmar que la mano del hombre, al ser utilizada desde la más remota antigüedad con fines curativos, ha adquirido una superior categoría. La tiene por otros muchos motivos, es indudable, pero éste le acrecienta. «Sáname con tu mano / que no tiene mi cuerpo hueso sano», se lee ya en el Salmo VI de David, aludiendo a este poder milagroso que la mano tiene en la mitigación de los dolores. Ya no es la mano, por tanto, simple herramienta de trabajo, sino símbolo de poder espiritual, elemento que distingue a los hombres del resto de los animales. Anaxágoras declaró que el hombre se hace inteligente porque aprendió a usar sus manos; Aristóteles, por su parte, sostuvo que el hombre aprendió a usar sus manos porque se hizo inteligente. Es igual. Las manos, como se ve, van siempre unidas a la inteligencia del hombre. Y no sólo a su inteligencia, sino a su poder de alejar el fantasma de la enfermedad.

Resulta por eso un tanto aleccionador entrar en conocimiento de lo que la mano ha significado en la historia remota, como símbolo del poder espiritual. En el antiguo Egipto, por ejemplo, 1.500 años antes de Cristo, el sol era dibujado con numerosos rayos terminando en una mano abierta, y la dorada «mano de Isis», en lo alto de una pértiga, solía ser sacada en procesión. Esa mano tiene como característico el hecho de presentar cerrados los dedos anular y meñique, mientras los otros tres se dirigen hacia lo alto. Cambiando de escenario, los libros religiosos de los antiguos hindús señalaban que cada parte de la mano tiene un valor sagrado distinto, admitiendo que la mano derecha es la que verdaderamente posee poder espiritual. Acaso por esto mismo se lee ya en el Exodo: «Tu mano derecha, ¡oh Señor!, quiebra en pedazos al enemigo», A la mano izquierda se la otorga ya por entonces un valor funesto, y de ahí que griegos y romanos la miren con prevención llamándola éstos «sinistra». También entre los árabes la mano derecha es usada para fines nobles.

En el fondo, no hay razones físicas o psicológicas que justifiquen esta diferenciación, pero algo resulta claro en este breve análisis, y es que la mano derecha, la que bendice en las ceremonias cristianas, es la que goza de poder taumatúrgico. Tampoco podemos olvidar que en el mundo semítico la mano abierta es la que ha representado



*Cum privilegio Regis. P. Arens fecit.*

Enrique IV tocando las escrófulas. Frontispicio de la obra de A. de Laurens.

siempre la potencia divina, la fuerza de Dios, simbolismo que no ha desaparecido desde entonces. «Hoy mismo, en nuestros días —sostiene Saintyves— la man figura entre los judíos de Palestina en filacterios hechos en papel o en pergamino, y justamente a estos filacterios se les siguen atribuyendo virtudes excepcionales». Ya entre los mismos caldeos la mano levantada aparecía al extremo de un cilindro de origen babilónico, emergiendo de una pirámide, la de Borssippa, que recibió por eso el nombre de Templo de la mano derecha. Y aún podrían multiplicarse los ejemplos, pero es suficiente con lo escrito para reafirmar esta preponderancia de la mano derecha como símbolo de poder espiritual.

A complementarlo viene sin duda el hecho de que otras actitudes de la mano, de signo muy diferente, se hayan utilizado, por ejemplo, contra el mal de ojo, lo que resalta su valor simbólico dentro de ciertas comunidades primitivas o fanáticas. Incluso a la mano de los muertos, singularmente la de los ahorcados, le fue atribuido en la Edad Media un poder maléfico que causó verdadero terror. Por eso resulta más sorprendente la confianza en el poder curativo de las manos de los reyes, aún después de muertos. Y digo esto porque en la época en que el «toque real» estaba en su apogeo, fue robado en Alemania un dedo que, procedente del cadáver de un rey, se veneraba como reliquia. La curación por el tacto se ensanchaba de este modo hasta límites insospechados. Ya no era sólo la mano viva y actuante del ser dotado de gracia sobrenatural lo que podía operar el milagro, sino el despojo de la misma. Un paso más y nos encontramos con que las reliquias más diversas han tenido, por el simple contacto de las mismas, virtudes curativas. Así puede observarse, volviendo a la iconografía, en un curioso grabado que nos muestra, como personaje central, a Santa Hildegarda, reina de Francia.

Centrando nuestro interés en la mano como parte activa de la curación por el tacto, nos encontramos con que la fe, por parte del enfermo, es elemento indispensable para que tal curación tenga lugar. «Tu fe te ha curado» leemos una vez y otra en los relatos evangélicos, menospreciando humildemente lo que la mano ha hecho. Mas, ¿de dónde venía esta práctica de apoyar las manos sobre una parte dolorida?

En apariencia, de una costumbre existente ya, antes del cristianismo, en los pueblos orientales. Sin embargo, no era una simple aplicación de las manos, un contacto, lo que se hacía; más que actuar de forma pasiva, en lo que la mano se empleaba era en una labor de masaje, facilitado por el empleo de aceite, agua o saliva. En San Mar-



## By the King.

A Proclamation concerning *The Kings Evil.*



Hereas such people as repaire to His Ma-  
iestie for healing of THE KINGS EVILL, haue in sojme  
times so;borne to approach or offer themselves to the sojmer Kings  
of this Realme, during the Summer time, in respect of danger,  
and inconuenience, which order hath bene of late neglected, and  
such people doeth to repaire indifferently at all times : Ther-  
fore His Maiestie doeth declare and forbid, That hereafter no such person make their re-  
paire by so; healing, betwene the Feast of Easter and Michaelmas, for the which al-  
though it had bene enough for His Maiestie to haue signified His pleasure for recon-  
stituting the said order unto the Clarke of His Closet, or His Chirurgions in that behalfe,  
Yet His Maiestie doubting that some such weake and infirme persons may come by  
from remote parts, and thereby take their trouaite, is pleased out of His goodnesse, to  
publish this Order by His highnesse Proclamation.

Given at our Pallace of Westminster the 26. day of March, in the foureteenth  
yeere of Our Reigne of Great Britaine, France and Ireland.

*God saue the King.*

Imprinted at London by Robert Barker, Printer  
to the Kings most Excellent Maiestie.  
ANNO DOM. 1616.

Edicto del Rey Jaime I, en Londres, año 1616,  
referente al King's Evil.

cos mismo, uno de los cuatro evangelistas, se encuentra una descripción del uso de la saliva como agente tera-  
péutico. Parece, por tanto, que cualquiera de estas substancias podría haber obrado como intermediaria para ob-  
tener la curación.

Pero lo que resulta evidente es que, antes del cristianismo, la curación por el tacto era posible. Lo testifica la  
iconografía antes citada, pero también algunas referencias escritas, tal como esta invocación poética recogida  
en textos del antiguo Egipto, en la cual una madre que busca la curación de su hijo acude a la diosa Isis  
suplicándola de este modo: «Pon las manos sobre la cabeza de mi pequeño, como tú, ¡oh, Isis!, las pusiste  
sobre la cabeza de su hijo enfermo. Que sobre mis manos pongas las tuyas, ¡oh, Isis!, y que mi pequeño cure». Esta invocación y algunas fórmulas de conjuro, no raras de hallar en la medicina babilónica, impetran todas ellas la curación por el tacto de las manos. Una diosa muy venerada en su época, llamada Gula, compañera del gran dios Ninib, fue conocida, según A. Leix, como «el gran médico», y sus curaciones las hacía igualmente por el mero contacto de sus manos. También los talmudistas imponían las manos para lograr la curación. Y en cuanto a la Grecia clásica, buen testimonio nos ofrecen las figuras de Esculapio en el acto de imponer las manos sobre el enfermo, halladas en las ruinas del templo de Atenas y recogidas y publicadas por Sudhoff en 1926.

Todos los historiadores —cito a la cabeza de ellos los nombres de Castiglioni y Sigerist— están de acuerdo en admitir que en estos templos de Esculapio, el sacerdote médico aparecía de noche en el recinto sagrado y en medio de la oscuridad tocaba a los enfermos. En el *Pluto*, de Aristófanes, se relata por otra parte el ceremonial. La gratitud por las curaciones maravillosas, dice Castiglioni, no era inferior a la que hoy día puede recogerse de los enfermos actuales, con la única diferencia de que aquellos testimonios se registraban en placas de mármol, y las de hoy en las columnas de los periódicos.

Bajo el imperio romano, el rito se mantiene con la misma o mayor intensidad. Plinio, por ejemplo, refiere en el libro VII de su *Historia Natural*, que Pirro, rey de Epiro, curaba las enfermedades del bazo tocando al enfermo con el dedo gordo del pie derecho, mientras que el emperador Adriano curaba a los hidrópicos con la imposición de la mano sobre el vientre. Otros historiadores atribuyen a Plutarco la misma afirmación de estas curaciones por el tacto, con la diferencia de indicar que Pirro por donde pasaba el dedo gordo de su pie era por la espalda, estando el enfermo tumbado boca abajo.

# The Manner of His Majesties Curing the Disease, CALLED THE KINGS-E-V-I-L.



The King's Cure of the Kings-E-V-I-L.

Curación de escrofulosos por el rey de Inglaterra. Estampa del siglo XVII.

Más curiosa resulta aún la transcripción que hace Tácito en sus historias de las maravillosas curas efectuadas por el emperador Vespasiano. Según este testimonio, parece ser que cuando en el año 69, dramático en acontecimientos para Roma, fue proclamado por sus legiones emperador, se encontraba en Egipto. Ocurrió entonces que un ciego y un hombre con la mano parálitica se presentaron a él con la pretensión de que les curase. Vespasiano tomó a broma este requerimiento, pero de allí a poco se fue dejando convencer por sus consejeros, quienes probablemente le infundieron la idea de que su poder era extraordinario y podía hacerlo. El nuevo emperador temió al ridículo, pero como hombre astuto y prudente comprendería que la negativa no habría de favorecerle. Si era o no instrumento elegido por la divinidad, pronto había de saberlo. Tocó, pues, a los dos ante una gran multitud, poniendo los dedos sobre la córnea del ciego y sobre la mano del parálitico. «Instantáneamente —relata Tácito— la mano del parálitico volvió a ser útil y el ciego percibió de nuevo la luz.» El propio Vespasiano se asustaría sin duda de su poder. Es quizá, la diferencia que podemos anotar al compararla con las curaciones por el tacto en el cristianismo: la fe, en el caso de Vespasiano, es sólo en el enfermo donde radica.

Se engaña por tanto E. Liek, cuando escribe en su libro *El milagro en la Medicina*, que las almas tibias no curan enfermos. Se engaña en parte, naturalmente, ya que en el caso de Vespasiano, el emperador no confiaba en sí mismo. Pero más bien resulta la excepción que confirma la regla, porque, efectivamente, la curación exige la presencia de algo o alguien capacitados para infundir fe, para ser, en cierto modo «todopoderoso».

Siguiendo un ritmo cronológico, la fe va a entrar ahora en una época propicia. En adelante, ya no serán solamente los discípulos de Jesús y los sacerdotes quienes usarán sus manos curando y bendiciendo; el propio Galeno reconoce que la mano es «el instrumento de los instrumentos», y si la sabiduría del Creador ha hecho posible que la mano del hombre sea capaz de regir el mundo, van a ser muchos los que quieran convertir sus manos en varita mágica. Ya en el *Libro de las Acciones* se dice que Simón el mago ofreció dinero para recibir la facultad de proveer a los demás el espíritu del Espíritu Santo, pudiendo de este modo bendecir con la mano. Si en la Biblia se identificaba «mano» con «acción» y bastaba tocar una parte enferma para curar, ¿cómo no habrán de surgir quienes, sin temor a la herejía, pretendiesen curaciones milagrosas? El hecho mismo de que sin la mano, con el simple contacto de una reliquia, la curación milagrosa se produjese, ¿no había de excitar soberbia y codicia tratando de sacar a estos acontecimientos un provecho personal?

Entrados ya en la larga noche medieval, mientras en el terreno religioso una fe ciega, absoluta, todopoderosa, se apodera de las almas, en la vida privada irrumpen con ímpetu parejo la audacia y la picardía. Tal llega a ser la confusión en este aspecto, que el arte de curar se prostituye. Pasa a ser, cuando menos, patrimonio de todos, reyes, buhoneros, charlatanes, judíos renegados, monjes escapados de sus claustros y tahúres de toda laya. Buena prueba de ello es el acta médica de 1511, promulgada por Enrique VIII, en la que este monarca se dirige al pueblo previniéndole contra una «gran multitud de personas ignorantes..., que atrevidamente se comprometen a hacer grandes curas..., en las cuales usan en parte la hechicería y la magia». Quiero significar con esta referencia que el terreno se ha hecho propicio, como no lo fue seguramente en tiempos de los primeros cristianos. Entonces, sólo un hombre, el Salvador, podía ser admitido como taumaturgo al imponer sus manos y curar; ahora, en plena Edad Media, al ser ungido un personaje rey y transmitirle con la realeza el poder divino, los taumaturgos iban a multiplicarse; esto sin contar con los que de buena o mala fe habían de pretender emular las virtudes de su rey y señor.

¿Quién ha sido el primer rey que practicó con cierta asiduidad lo que luego se llamaría por todos el «toque real»? Francia e Inglaterra se disputan esta primacía. Y aunque noticias fidedignas del «toque real» se encuentran en la *Crónica*, de Eduardo el Confesor, la verdad es que ya mucho antes de su reinado, Clodoveo, rey de Francia, aparece ligado a la cura de las escrófulas mediante imposición de las manos, después de su conversión al cristianismo en el año 496. La mayor parte de los autores habla de una simple imposición de la mano derecha, pero quizá haya que dar más crédito a lo que Santo Tomás de Aquino nos refiere, y es que hallándose Léonicet, paje del rey Clodoveo, afecto de escrófulas, y habiendo sido tratado inútilmente entre otros remedios con caldo de culebras, se vio el rey en sueños tocando el cuello de Léonicet. Al día siguiente, recordando lo soñado, se decidió a poner su mano sobre el cuello del paje y éste curó. En diversos relatos de padres de la Iglesia no es raro espigar noticias semejantes. Así, el monje Hegaldo o Agaldo, que escribió alrededor del año 1000 sobre Roberto el Piadoso, rey de Francia, quien curaba por el tacto si bien impartiendo a la vez el signo de la cruz sobre la parte enferma, y Gilberto, abad de Nogent, que vivió entre 1053 y 1124, quien atribuye esta virtud curativa a los reyes Felipe I y Luis VI, refiriéndola ya específicamente al tratamiento de la escrófula.

Todo un largo capítulo de la historia de la Medicina se ha llenado con esta intervención de la realeza en la curación de diversas enfermedades, sobre todo la escrófula. Y, naturalmente, un anecdotario pintoresco acompaña al juicio crítico de médicos y teólogos, no sólo en lo que se refiere a la descripción de ceremonias palaciegas, número de enfermos tocados y gastos que esta práctica curativa, convertida en costumbre, ocasionaba. Desde el punto de vista médico, el tema fue tratado igualmente por numerosos galenos, entre ellos Gilberto Anglico y Andrés de Laurens. Anglico, primero monje en Salerno, después cruzado, se ocupó en su *Compendium Medicinæ* de lo que él llamó *morbis regius*, y en cuanto a De Laurens —la cabeza visible de esta apología—, dejó escrito nada menos que todo un libro dedicado a la curación de la escrófula, titulado *De mirabili strumas sanandi*, etc. En él figura incluso un curioso grabado que representa al rey curando a los escrofulosos y los tísicos.

Dada la escandalosa difusión de estas curas por el tacto, era inevitable que apareciesen referencias al mismo en obras literarias. Así, en *Alonso, mozo de muchos amos*, novela picaresca debida a la pluma del médico Jerónimo de Alcalá, se argumenta sobre la necesidad de la intervención divina en la curación de los enfermos, con estas palabras puestas en boca del protagonista: «Acuérdome haber oído contar de los que iban a Francia a que su rey les curase de lamparones (enfermedad trabajosa y rebelde), que en llegando a la presencia del rey, puestos de rodillas, les decía: “El rey te bendice y te toca. Dios te sana”. Así que el tener buen o mal suceso, de arriba ha de venir...». Por su parte, el genial Shakespeare, inspirándose en lo que de Eduardo el Confesor narra la *Crónica* de Holinshed, hace decir a unos personajes en la escena III del cuarto acto de *Macbeth*:

«Malcolm: ... Por favor, ¿va a salir el rey?»

Médico: Sí, señor; hay una turba de infelices que esperan de él su curación. Su enfermedad desafía todos los esfuerzos del arte; mas, en cuanto les toca, tal es la santidad que el Cielo ha concedido a su mano, se restablecen inmediatamente. (Sale.)

Malcolm: Gracias, doctor.

Macduff: ¿De qué dolencia se trata?

Malcolm: La llaman lamparones...»

Sin lugar a dudas, la curación por el tacto representa en estos siglos una importante faceta de la terapéutica al uso. Y es, indudablemente, la fe la que le hace posible. Se recoge en alguna crónica que durante el reinado en Inglaterra de Eduardo el Confesor, una muchacha con escrófula tuvo la revelación de que curaría si fuese tocada por las manos del rey. Es decir, que en este caso no era el monarca, como Clodoveo, quien fiaba en su propia virtud, sino el enfermo, como en el caso del leproso de los relatos evangélicos, quien estaba seguro de ser

Talismanes del tiempo de Alberto el Grande. La imagen de las manos va acompañada de letras cabalísticas.



curado. A esta seguridad contribuía, por supuesto, la ineficacia de los tratamientos entonces en boga. Vale la pena recordar que en el libro *Medicinale Anglicum*, posiblemente el más antiguo manuscrito anglosajón que se ocupa de medicina —actualmente en el British Museum—, y que se cree perteneció a la abadía de Glastonbury, figura un capítulo entero dedicado al tratamiento de los «lamparones» —entonces purulencia o «ratina del cuello», después *King's Evil*—. Y causa verdadero estupor su lectura, ya que desde la hiel de vaca o de buey a la lombriz de tierra y el polvo de cangrejo de mar, todo es admisible en esa terapéutica específica. Nada tiene de sorprendente, por tanto, que la muchacha a quien se le reveló la certeza de que, tocándola, podía ser curada por su rey, acudiese a él. Cuentan algunos que al contacto con la mano de Eduardo el Confesor, la tumefacción se abrió repentinamente «dejando salir abundante materia». Sea como sea, la curación sobrevino. La imposición de las manos pudo convertirse así en verdadero rito, aplicándose, no sólo a la curación de la tuberculosis ganglionar, sino también de la epilepsia. Hasta se habla de un leproso, caído en el suelo cuando Eduardo el Confesor iba a ser coronado, el cual conjuró al rey para que le llevase sobre sus propios hombros hasta la iglesia, cosa que el rey hizo, con lo que el leproso curó.

Ocuparía largo espacio traer a colación en este momento las múltiples incidencias relatadas por diversos autores a propósito del «toque real». Por otra parte, las mismas no revelan otra cosa sino que existe en la masa del pueblo una fe no del todo desinteresada, ya que con el toque real recibían una moneda conmemorativa. Andando el tiempo, quizá obedeciendo el rey a un recóndito escepticismo, se cambian los términos de la fórmula que habitualmente acompañaba a la imposición de las manos, y en lugar del «El rey te toca. Dios te cura», dice el monarca: «Dios te cura. El rey te toca». ¿No parece deducirse de este cambio, la certidumbre de que lo que no haga Dios no lo pueden hacer los hombres, por poderosos que sean?

Recientemente, y no por razones de investigación médica, se ha suscitado en el seno de la revista literaria *Insula*, una discusión que, entre otras cosas, se refiere al poder curativo de los reyes. Contradiciendo a E. Asensio, el historiador Américo Castro sostiene que en los primeros Capetos sobrevivía ya la creencia en la fuerza mágica del linaje. «Una mujer franca (todavía no había franceses) —escribe A. Castro— curó a su hijo tocándolo con los flecos del rey Merovingio Gunthram». Es más, los reyes de Francia, sigue escribiendo el historiador, se abrogaron este carácter de hacer curas milagrosas por el hecho de haber sido ungidos con óleo celestial. Aparecerían de este modo superiores a los mismos sacerdotes. *Le roi très chretien*, por el hecho de serlo, fortalecía su misión humana haciendo uso de poderes divinos.

De todos modos, ¿de qué hubiera podido servir a los reyes ese poder divino, si el pueblo no hubiera creído ciegamente en él? Resulta curioso señalar a este propósito que, pese a la fama de fanático en materia religiosa del pueblo español, es justamente entre nosotros donde el «toque real» no adquiere carta de ciudadanía. Se insta en Francia, pasa a Inglaterra —seguramente por la ascendencia normanda-francesa de sus reyes—, e incluso se extiende a Alemania, y a Holanda cuando en ella está el desterrado Carlos II de Inglaterra. Y, sin embargo, los reyes españoles, tan cristianos como el que más, no hacen uso de tales prerrogativas. Enfermos españoles, eso sí, van en peregrinación para ser tocados, por ejemplo, por Luis XV el día de su coronación. Pero la verdad es que vuelven desencantados, como se lee en un texto de Federico el Grande. Y la razón de este desencanto nos la dan ellos mismos cuando dicen que él (Su Majestad, el que había de imponer sus manos sobre los enfermos) «está actualmente en pecado mortal». Esto les hace volverse sobre sus pasos. ¿Es una fe distinta la de esta gente ibérica, escrupulosa y sensata? ¿O es simplemente una fe auténtica, incontaminada todavía?

Por lo pronto, nuestro Alfonso X el Sabio califica en sus *Cantigas* de «neicidade» esto de que los reyes pretendan ser taumaturgos y curen escrófulas u otros padecimientos. Los «reis chrischos han aquesto por vertude», dice, pero su propia sabiduría le hace poner esta virtud en cuarentena. También el rey de Aragón, don Martín el Humano, se sabía incapaz de curar imponiendo las manos, y por eso mandó un enfermo a Carlos II de Navarra, imitador de los franceses. Refiriéndose a esta cuestión, el P. Castañega —citado por Luis S. Granjel—, sin condenar en su *Tratado muy sutil*, etc., a los que van al rey en busca de la salud, escribe: «muchos sanan ligeramente, y no todos; lo cual parece que no puede proceder de alguna virtud que se pueda probar, como no puede ser natural ni sobrenatural y divina». De la duda al escarnio y al ridículo, no hubo en muchas ocasiones más que un paso. Y fueron los médicos, justamente, los que se abstuvieron de darle, quizá porque con sus pobres conocimientos no se encontraban en situación de rebatir nada. Tal cosa se deduce del hecho de que siguieran interviniendo activamente en las ceremonias preliminares al «toque real», casi siempre como médicos de cámara.

Todavía en 1824, con motivo de la coronación de Carlos X, acuden a él para ser tocados 121 enfermos, los cuales son presentados al monarca —esto es lo que vale la pena retener— por dos médicos tan famosos como el dermatólogo Alibert y el cirujano Dupuytren. Mas no hay por qué asombrarse demasiado de este hecho, ya que en época todavía más reciente, en 1860 según C. J. S. Thompson, aún son llevados a la iglesia parroquial de Asburnham, en el condado de Kent, algunos escrofulosos. A falta de mano de rey, eran tocados con ciertas reliquias de Carlos I.

Asombra verdaderamente una credulidad en tales circunstancias y por tanto tiempo mantenida, pero si pensamos que en los días de Enrique IV de Francia, uno de sus cirujanos, Gnillemeau, escribía con toda seriedad que las heridas producidas en ciclos de luna llena, llevaban un curso maligno, y con las provocadas en cuarto menguante ocurría todo lo contrario, nuestra capacidad de asombro queda un tanto mitigada. Se trata, en este caso como en tantos otros, de especulaciones sin base científica que satisfacen, como dice Sigerist, las necesidades místicas de una minoría. Y esta minoría, más o menos numerosa, existe todavía en nuestro tiempo como hemos de ver más adelante.

Volviendo a nuestro tema de la curación por el tacto, es indudable que dentro de esta credulidad que la mantiene a través del tiempo, valdría la pena delimitar lo que tiene un fundamento religioso y lo que se hace con fines exclusivamente paganos. Sin embargo, lo religioso y lo profano se han mezclado de tal forma, que ya no se sabe exactamente el valor que puede darse a la curación así obtenida en determinados casos. ¿Es que el poder, emanado de la divinidad, ha cambiado de signo? ¿O tal vez la excesiva prodigalidad de la imposición de las manos, hecha por los reyes, ha menguado su hipotético valor? Sea como sea, no ha escapado a la observación de pícaros y aventureros la afirmación de Wadd, quien dice en su *Memorabilia* que «algunos eran curados del mal del rey, que nunca tuvieron otro mal que su pobreza». Iban a ser tocados, por tanto, fingiendo un mal que no tenían, para recibir una moneda que en principio no tenía un valor despreciable. De aquí a la elaboración de una verdadera comedia, con posible reparto de beneficios, no había que salvar mucho trecho. Y aunque, entre otros muchos, el cirujano Wiseman proclamase que él había sido testigo de cientos de curaciones, realizadas por el toque exclusivo de Su Majestad, «sin ninguna ayuda de la cirugía», la verdad es que en muchos espíritus se fraguaban ya otra clase de especulaciones. Al menos, la imposición de las manos podía ser un negocio lucrativo. Uno de estos espíritus avisados, sin duda alguna el más calificado de los que la historia de la Medicina recoge, es el irlandés Valentín Greatrakes, famoso en toda Inglaterra por sus éxitos en el tratamiento de las enfermedades reumáticas por el simple contacto con las manos. Tal es su fama, que personajes importantes de su época le envuelven en un coro de alabanzas pocas veces igualado. Es posible que su aparición fulminante en el campo de la terapéutica médica, fuese favorecido por un hecho providencial: la salida de los Estuardo del trono inglés. El caso es que poco después actúa como curandero ilustrado y su rápido ascenso le permite sin duda alzarse con el monopolio de una actividad que los reyes de Inglaterra habían venido ejerciendo sin descanso desde Eduardo el Confesor.

Que Valentín Greatrakes tuvo madera de aventurero, se deduce de la lectura de sus propios escritos autobiográficos. Soldado del ejército que Cromwell llevó a Irlanda, abandona sus filas e intenta una vida tranquila, desempeñando el modesto cargo de escribiente al servicio de la justicia de su distrito. Mas como hombre que alberga



Valentín Greatrakes, famoso por curar diversas enfermedades al solo contacto de la mano.

en su espíritu ideas religiosas de tendencia mística, intenta formarse —dice él— «un corazón sencillo e íntegro para comparecer ante Dios y ante los hombres». Aunque más atento seguramente a éstos últimos y a la mundanidad que le rodea, le llega un día, de forma súbita, lo que él llama la inspiración. «Hace cerca de cuatro años —relatará más adelante— tuve un impulso, una extraña sugestión vino a mi mente, y esto me hizo pensar que... se me había concedido el don de curar la escrófula». Confiesa de paso que él no se siente capacitado para dar una explicación racional del hecho, pero esto no es obstáculo para que se lance a la aventura sin escrúpulos de ninguna clase. El primer caso que cae en sus manos es el de un enfermo con fuertes dolores y lesiones en

ojos, mejillas y garganta. Cuentan las crónicas, como en el caso de Vespasiano, que el primer sorprendido del éxito fue el propio Graetrakes. Animado por él se convence de que las prerrogativas de los Estuardo han pasado a su mano, y ya no vacila en prodigar la curación por el tacto a todo el que se la pide. No sólo escrofulosos, sino también enfermos febriles, epilépticos, reumáticos y de otras dolencias son tocados por él. Su fórmula curativa, remedo de la empleada por los reyes, reza así: «Dios Todopoderoso os cura y fortalece por el amor de Jesús». El simple tacto se convierte en ocasiones en verdadero masaje. Pero toda mal huía de los cuerpos enfermos, dicen sus escritos, y el diablo se alejaba «como un perro bien educado».

Aunque estas curaciones se hacen en nombre de Dios, cuesta mucho trabajo admitir la buena fe de Valentín Greatrakes. Tras éxitos resonantes y fracasos no menos llamativos, el don de Dios de que blasona, flaquea y acaba por extinguirse. Por millares han acudido los enfermos a él, y con sólo extender sus manos sobre ellos los curaba. Ha renacido, o no se ha perdido del todo, la credulidad del pueblo. Un ejemplo significativo: Roberto Boyle, al que se tiene por padre de la química moderna, no fue de los más remisos en alabar sus curas.

Con Valentín Greatrakes, como vemos, se sigue imputando a la divinidad el poder curativo. Se sigue curando en nombre de Dios, pero ya no es un rey el que, por haber heredado el poder divino, impone sus manos, sino un simple mortal, un hombre común salido de la masa anónima. Hay, pues, un traspaso de la fe, como dice Bromberg. O quién sabe si una simple técnica sugestiva que aprende, en el caso del irlandés, su discípulo y sucesor John Leverett. Por lo pronto, este John Leverett que continúa tocando a los enfermos ingleses, no sólo cosecha éxitos, sino que declara un día que después de haber tocado a treinta o cuarenta personas, sentía que había prodigado tanta bondad por su parte, que se encontraba con una fatiga enorme, «como si hubiera cavado un pozo de cinco metros». La declaración no deja de ser pintoresca. ¡Qué hubiera podido decir la sacra Majestad de Luis XVI, a quien la revolución francesa sacrificaría sin miramientos, que puso sus manos sobre 2.400 enfermos el día de su coronación!

Tal vez resulte oportuno relacionar estas palabras de John Leverett, el sucesor de Greatrakes, con otra afirmación del doctor Racanelli, de Florencia, que tomo del famoso libro *Biblia y Medicina*, del que es autor Paul Tournier. Racanelli, médico de nuestros días, «que practica la imposición de las manos en toda clase de afecciones nerviosas orgánicas», recordando el episodio evangélico de la curación por Cristo de la mujer que padecía flujo de sangre, dice que él también siente fortísimamente esa fuerza que le atraviesa y se escapa de sus manos. Es decir, que aquella exclamación: «¿Quién ha tocado mis vestidos?», pronunciada por Cristo al tiempo que se volvía, podía pronunciarla aún, en pleno siglo XX, un médico que dice notar escapársele, como una emanación de su cuerpo, la fuerza curativa. No es momento de analizar las circunstancias ni de desdeñar la referencia. Mientras sus enfermos experimentan una sensación de bienestar y apaciguamiento, añade el doctor Racanelli, él se siente acometido de tal fatiga, «que se ve obligado a observar una rigurosa ascesis para no verse agotado cuando practica estos tratamientos».

La curación por el tacto, incuestionablemente, no ha muerto todavía. Un halo de misterio la sigue envolviendo, pero de vez en vez aún topamos con ella, siquiera las referencias sean cada día que pasa más raras. No más allá del siglo XIX, refiere Soolcraft —citado por L. Angel Rodríguez en *La ciencia médica de los aztecas*—, algunos indios mejicanos perdían el sentido con sólo que los médicos les pasaran la mano por el cuerpo. En nuestro siglo, contamos con los casos de Weissenberg, antiguo albañil y luego «maestro divino», al decir de las gentes de Hamburgo, de Steinmeyer, pequeño comerciante de Schlesvig-Holstein, quien descubre su secreta virtud al poner ocasionalmente la mano sobre el hombro de un amigo, enfermo de reumatismo, de Gudmannsbach, el pastor protestante de Estland, que recibe determinadas sensaciones, particularmente la del frío, cuando su mano se va acercando al órgano enfermo, la «madre María», curandera de Tempeley... En un libro muy reciente narra Denti di Pirajno que en los desiertos de Libia, el *Faquib*, personaje árabe tenido en principio por hombre de leyes y ahora por mago, cura todavía a supuestos endemoniados con sólo imponer la mano sobre su cabeza. Es decir, América, Europa, África... ¿Estará, como escribió St. Zweig, el terreno preparado, y sólo falta que venga el sembrador y arroje la semilla?

Como en los tiempos primitivos, todavía queda gente enferma a quien solamente su fe sostiene y salva. Es imposible olvidar que un enfermo sigue siendo, a pesar de todas las conquistas, un ser menesteroso de protección, un desvalido, una criatura indefensa. Si ante él se alza el sanador como hombre omnipotente, todo será posible. Idealmente están siempre en dos planos, el uno en posesión de unas fuerzas que al otro le faltan. Recordemos las palabras de Laín Entralgo expuestas anteriormente: el íntimo menester en que el hombre se ve de ser ayudado por algo o alguien, la insuficiencia de la «medicina oficial», son las principales razones de ser de una curación que posiblemente no tiene, ante nuestros ojos, una explicación racional.

Es indudable que en la naturaleza de todo hombre siempre haya cierta inclinación al misticismo, como escribió Buswinkél. Quizá también haya que dar un nuevo valor a cosas que la soberbia científica ha desterrado; el gesto amistoso del médico poniendo una mano sobre el hombro del enfermo y aprestándose a escucharles es, por ejemplo, algo que puede tener un positivo valor terapéutico. En todo caso, reconozcamos humildemente que hay muchos imponderables en el arte de curar, ante los cuales el médico, por mucha prisa o por mucha vanidad que tenga, no debe mostrarse desdeñoso. Hablando justamente de estos imponderables, escribía no hace mucho el doctor René Allendy: «Cada progreso de la ciencia ha empezado siendo una herejía». La herejía del tacto curativo se pierde ya en la noche de los tiempos, es verdad. Aun así, ¿se habrá escrito sobre ella la última palabra?

## BIBLIOGRAFIA

- ANON : *Le Barbier Médecin ou les Fleurs d'Hypocrate...* Oeuvre très utile pour facilement trouver le remède a toutes les maladies, par le seul secours de la main charitable. Par I.M.D.V.C.A.P. Paris. J. Guignard. 1672.
- APARICIO SÁNCHEZ-COVISA, A., ALVAREZ-SALA, J. L. y CHORRO MARTÍNEZ, A. : *La superstición en la Medicina. El poder curativo de los reyes.* Trabajos de la Cátedra de Historia Crítica de la Medicina, Tomo VIII, pág. 277. Madrid, 1935-1936.
- BLOCH, M. : *Les rois thaumaturges.* Estrasburgo, 1924.
- BROMBERG, Walter : *La mente del hombre.* J. Gil, editor. Buenos Aires, 1940.
- CASTIGLIONI, A. : *Incantissimo e magia.* Ed. A. Mondadori. Milán, 1934.
- CUMMINS, Prof. S. Lyle : *Tuberculosis in History.* Bailliére, Tindall and Cox. Londres, 1949.
- FLUTRE, L. F. : *Scrofules et Gourmons.* Aesculape, n.º 9. Septiembre 1935, pág. 218.
- FÜLOP-MILLER, R. : *La lucha contra la enfermedad y la muerte.* Cultural, S. A. La Habana, 1941.
- GORDON, Benjamín Lee : *The Romance of Medicine.* F. A. Davis Company. Filadelfia, 1945.
- GUTHRIE, D. : *A History of Medecine.* The Nelson and Sons. Ltd. Londres, septiembre 1945.
- ILVENTO, A. : *La tuberculosi a traverso i secoli.* Roma, MCMXXXIII-XI.
- LAÍN ENTRALGO, P. : *La curación por la palabra en la antigüedad clásica.* Revista de Occidente. Madrid, 1958.
- LAÍN ENTRALGO, P. : *Enfermedad y Pecado.* Ed. Toray. Barcelona, 1961.
- LEIX, Alfred : *La vida espiritual de Babilonia y la Medicina.* Actas Ciba, n.º 4, abril 1936.
- LIEK-DANZIG, E. : *El milagro en la Medicina.* L. Miracle, editor. Barcelona, 1932.
- MARTINOTTI, G. : *Le toucher royal des écrouelles.* Aesculape, 1926, n.º 4, pág. 112.
- SAINTYVES, P. : *La main dans la magie. Amulettes et talismans.* Aesculape, 1934, n.º 3, pág. 73.
- SIGERIST, Henry E. : *Civilización y enfermedad.* Fondo de Cultura Económica. México, 1946.
- THOMPSON, C. J. S. : *La curación por la magia.* Editorial AHR. Barcelona, 1955.
- TOURNIER, P. : *Biblia y Medicina.* Ed. Gómez. Pamplona, 1960.